

PODER Y AUTORIDAD

Jesús está iniciando su vida pública; recorre las aldeas y ciudades del mar de Galilea; acaba de llamar a Pedro y a otros pescadores a su seguimiento. Está siendo observado con división de opiniones; con buenas intenciones por unos -los que creen que el Mesías ha llegado y la promesa de los profetas se ha cumplido-, y con perversas intenciones por otros -los que ven peligrar sus puestos, honores, privilegios, etc.-. Le permitieron enseñar en la sinagoga y allí les sorprendió, “*porque no enseñaba como los escribas, sino con autoridad*”.

Ocurrió en una de esas salidas a la calle de unos reporteros con las cámaras de TV para encuestar sobre cualquier tema variopinto. La pregunta aquel día era: “*¿Qué piensas del poder de la Iglesia?*”. Las respuestas fueron las que cabía esperar: apoyo a los poderosos, inquisición, opresión moral, atraso... Pero un hombre de la calle se salió de lo habitual: “*¿El poder de la Iglesia? Me parece estupendo el poder de regenerar con el Bautismo, el poder de perdonar siempre, el poder de anunciar la Palabra de Dios con autoridad, el poder del amor... Cosas de las que estamos muy necesitados, y que nos hacen mucho bien*”. Obviamente esta respuesta no salió en TV.

Poder y autoridad, dos términos sobre los que se teoriza mucho y, lo que es peor, se confunden con mucha mayor frecuencia. ¡Qué diferente es hablar y enseñar con autoridad a hacerlo con autoritarismo! ¡Qué distinto es ganarse la confianza, la escucha, a recibir la dura palabra que exige sometimiento!

El evangelio de hoy cuenta cómo la gente de Cafarnaúm se asombraba de la “**autoridad**” con que hablaba Jesús. Además... un “**poder**” emanaba de Él, pues una palabra suya era capaz de liberar a los hombres “oprimidos por el maligno”: “*expulsaba demonios*”. **Este poder salvador impresiona**. No se parece al prestigio del maestro sabio, ni al caciquismo autoritario y explotador, ni a la autoridad neurótica que enferma si no es obedecida. Se trata de un poder que se manifestaba por sus efectos salvadores, liberadores. Quienes creyeron en Él entendieron más tarde tal autoridad: **era el Profeta de Dios** anunciado ya por Moisés al pueblo, **la Palabra de Dios hecha carne**.

Dios muestra y realiza su presencia en la historia humana suscitando personas particularmente capaces de intuir, proclamar y vivir los proyectos de la salvación divina. Son **los profetas**, personas totalmente libres; ni anuncian ni defienden intereses o ideas personales: escuchan a Dios y transmiten su Palabra fielmente. Tú estás llamado a ser uno de ellos. Eso es “*vivir en cristiano*”.

Hoy, desgraciadamente, abunda la palabrería, charlatanes que en el mercado de la sociedad gritan su mercancía e imponen a los demás sus ideas y su poder. **La Iglesia tiene la autoridad de Jesucristo, porque tiene su Espíritu**. Sin el Espíritu la autoridad es tiranía y la misión propaganda; con el Espíritu la autoridad es servicio liberador y la misión un Pentecostés, un anuncio gozoso. Ésta es **la autoridad de la Iglesia**. Éste es **el poder de la Iglesia**.

Luis Emilio Pascual Molina
Capellán de la UCAM